



# *Igualdad de igualdad*

Miguel Maldonado

Presentación

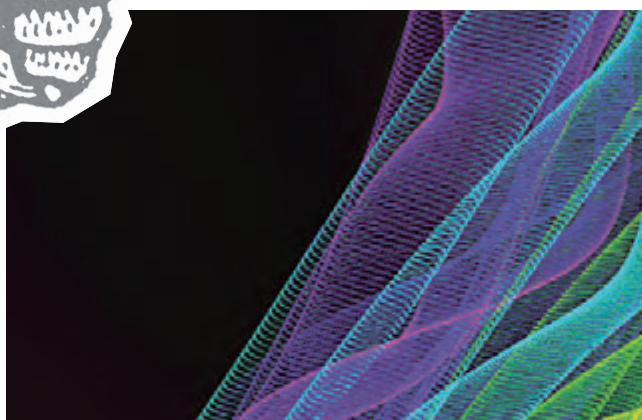
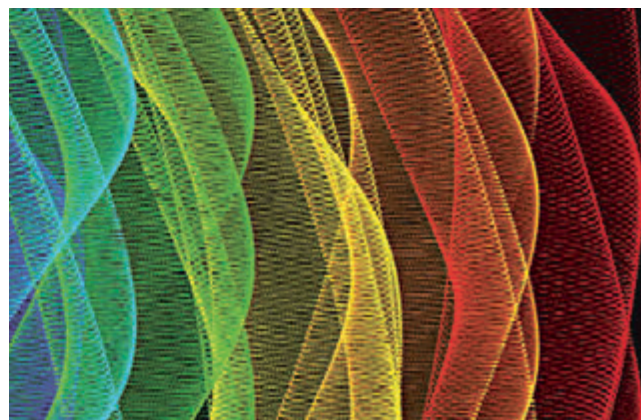
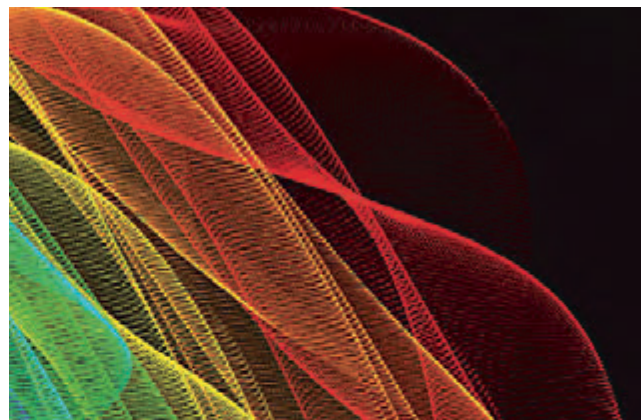
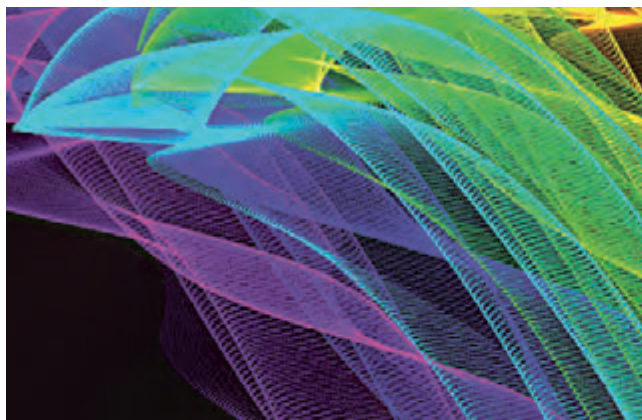
*Cualquier conflicto verdadero entre igualdad y libertad no es un descubrimiento filosófico sino una derrota emocional.*

RONALD DWORKIN, *Igualdad*

**S**e sabe, desde el título, que aquí se defiende un espacio igual para discutir la igualdad, *igualdad de igualdad*. En adelante, procuraremos en cada número un espacio dedicado a la igualdad. ¿Es necesario defender este espacio? Sí, la balanza sigue cargada del lado de otros valores. Aunque la discusión sobre la igualdad es varia, en nuestro país se han publicado escasamente a los filósofos políticos del tema.

A finales del siglo xx, duda cabe, triunfó el discurso de la libertad, o si se prefiere: la manera en que unos cuantos pensadores de Occidente entendieron la libertad —los valores son materia maleable, una bella e inasible invención humana—, para bien y para mal, por supuesto. Pasado el toro de la modernidad, es tiempo de que las nuevas generaciones, que tenemos el privilegio de la distancia objetiva hacia el siglo pasado, reflexionemos sobre la igualdad, la gran perdedora del siglo xx, esta vez sólo para mal, por supuesto.

Se dirá y estoy de acuerdo, que la gran ausente ha sido la última de la triada libertad, igualdad y **fraternidad**. Esta con-



clusión no lleva necesariamente a pensar que ha llegado el tiempo de Fraternidad. No, llevamos más trecho avanzado en el tema de la igualdad y tenemos una deuda pendiente con ésta que más vale saldar. Es llamativo el proceso en que la triada se fue reduciendo hasta ser una: nace en el siglo XVIII, para el XIX sólo se habla de la dicotomía entre igualdad y libertad, ya en el XX prevalece sola la libertad. ¿Puede ella sola? Realmente está sola o, una vez más, de tan maleables los valores los han hecho un engaño a la vista; y todo parece, que no es, que está sola.

El asunto de la igualdad se abre para aquellos pensadores “enciclopédicos”, por llamar de un modo grandilocuente a quienes no han limitado su reflexión a una sola doctrina, a una sola mirada del mundo, y se reinventan cada tanto —en ciclo pédicos—. Abierta a los hombres que tienen el espíritu de este tiempo, habitados por el *Zeitgeist*. Actualidad en donde una idea no excluye a su contraria, en que tomar partido no significa ser de una sola pieza. Se acabaron los días de decidirse por la igualdad o por la libertad, amigo de esto enemigo de aquello. Temperamento schmittiano —amigo/enemigo— que

se ha manipulado a conveniencia, que ha polarizado a la era moderna.

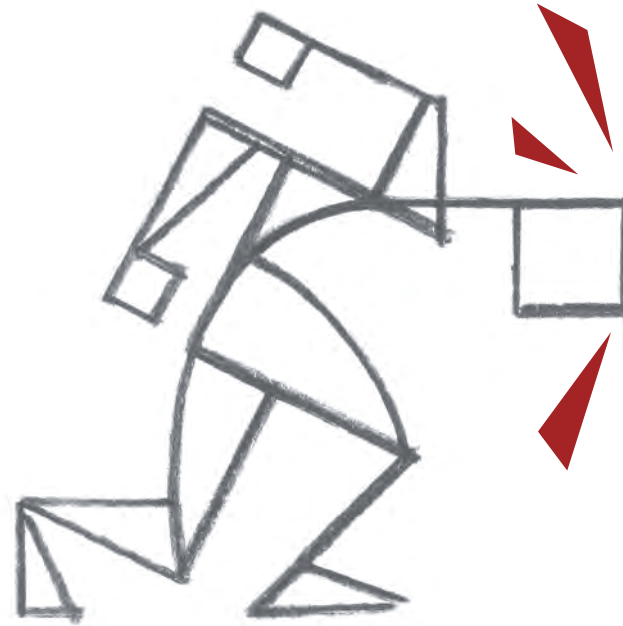
El conflicto entre igualdad y libertad es un modelo teórico, tan teórico como puede ser un modelo contrario: la armonía entre igualdad y libertad. No significa que esté en contra del conflicto, el alma heráclita recorre la historia de la humanidad, los grandes mitos fundadores se refieren a la rivalidad, sea entre Caín y Abel o Saturno devorando a sus hijos, el conflicto es parte de la humana naturaleza, lo cual no significa que podamos aprender a convivir con éste, en vez de desecharlo a favor de un solo elemento. En este sentido, los hombres de este tiempo no pueden acusarme de antiliberal y menos de igualitarista; si lo hacen, en la acusación llevan la modernidad. Radicalismo unitario que no se terminó por decreto, se extinguió porque el nuevo pensamiento ha mostrado la flacidez de los argumentos del siglo xx.

Dos precisiones que se derivan de la idea anterior: el siglo xx no debe pensarse en bloque, y así lo comprendo, aunque es cierto que prevaleció una idea que el sentido común la califica de falsa desde siempre —el sentido común nos dice que el sentido común ha existido desde siempre—: la idea de que la libertad se opone a la igualdad y que ambos valores son irreconciliables. Por otro lado, sobre un siglo xxi con ideas frescas, lo escribo llevado por el entusiasmo, no hay un pensamiento del todo reciente, en particular creo que nada nuevo hay bajo el sol y más bien, de tiempo en tiempo ciertas ideas sobresalen por encima de otras, como si el mundo de los conceptos fuese de una sustancia oleaginosa, movida casi a capricho del mar —atribuir al pensamiento cualidades físicas no es una rareza, nuestro lenguaje cotidiano abunda en ejemplos: clima intelectual, pensamiento trasnochado, ideas fecundas, maduras. Entender que los valores tienen una materia sensible, como las ideas, ayuda en mucho a quitarles la rigidez intelectual que a veces se les asigna. Por demás aclaro que no soy el único partidario de una historia pendular de las ideas, unas regresan a dominar y otras vuelven a la oscuridad. Este ritmo oscilatorio, como todos los ritmos, produce rit(m)os, y los ritos hacen cultura. Durante la modernidad descolló en la cresta de la ola la idea de la unidad, los ritos fueron los que ya conocemos: un solo camino a fin de alcanzar el progreso, un solo valor político —libertad o igualdad—, una sola manera de entender la compleja realidad.

Hoy día sabemos —se ha sabido desde la verdura de las eras— que los conceptos están en estrecha relación. También terminó aquella época en que los pensadores preferían guardarse sus reflexiones pues eran tiempos verdaderamente complicados, cualquier *parti pris* implicaba riesgos. Hay que reconocer que la visión extremista del siglo xx, encarnada, entre otros predicamentos, en *igualdad* o

*libertad* y por si fuera poco patrocinada desde los estados-nación, produjo la radicalización de los discursos.

En México, desafortunadamente, no han circulado los libros de pensadores igualitaristas, al menos no con la misma fluidez que otros textos de filosofía política —por no decir aquellos que tratan la libertad o la justicia, por no decir Isaiah Berlin o Raymond Aron—, este fenómeno tiene varias explicaciones, todas penosas e imputables a la *intelligentsia* mexicana: los socialistas se aferraron a los



ideales del marxismo y sus epígonos, sin voltear nunca a otros discursos, es decir, a otras ideas sobre la igualdad, se volvieron *monoautoriales*, consagrados fervorosamente a un solo guía; los liberales cayeron en la ingenua trampa, trampantojo casi, de creer en la formulilla: *liberalismo igual a no igualdad*, y lo mismo que sus contemporáneos del otro bando, se volvieron *monotemáticos*: leían a tres o cuatro liberales de bolsillo, regodeándose en su relectura y remilgados renegaban de otras realidades. En especial aquellas que preconizaban realidades igualitarias, como los modelos llevados al mundo real en Canadá, por citar un ejemplo donde la igualdad, la justicia y la libertad hacen un *ars combinatoria* ejemplar.

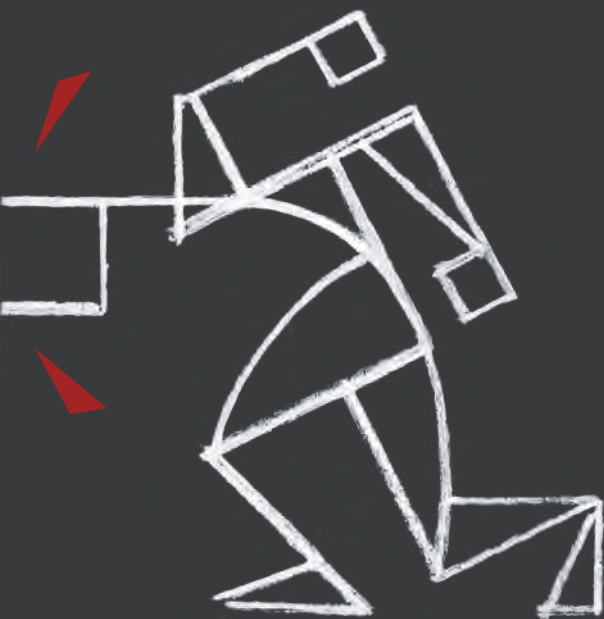
Ambos bandos, por muy distintas que fueran sus maneras de concebir el mundo, eran el anverso y el reverso

se una misma medalla: la cerrazón y la miopía intelectual. No hubo en el siglo xx mexicano un espacio, ni siquiera modesto, donde se ventilara el pensamiento igualitario. El ambiente intelectual se vició de su pugna y su purga —la mutua diatriba, bobalicona a todas luces, habla de su poca monta: **un pensamiento lúcido y complejo no admite el seco encontronazo seco de dos posturas.** Se consagraron a conjurarse usando como sortilegio la letanía de un par de libros, durante su sacerdocio el mundo, tan mundo como

dice Ronald Dworkin, depende de nuestra fuerza intelectual o, maliciosamente, de la conveniencia que se tenga para construir modelos maniqueos. El mismo Dworkin lo muestra en un ejemplo: si se defiende un modelo social anárquico, donde se haga lo que se desee, se construye un concepto de libertad opuesto a la igualdad, el hecho de que las personas hagan lo que les venga en gana impide que se establezcan reglas igualitarias; pero la oposición no acaba allí: no sólo se opone a la igualdad, la libertad como anarquía se opone a la justicia, a la fraternidad, a la democracia; es decir, se ha construido un modelo de libertad que se opone a todos los valores. El gran descubrimiento no ha sido que la igualdad se “opone” a la libertad sino que los valores están vinculados y la idea que tengamos de, digamos, la justicia, afecta a nuestra idea de igualdad, libertad o fraternidad.

En la vida práctica, el hecho de que en México no se comprendiera el vínculo directo entre los valores —imbuido en una supuesta oposición— tuvo consecuencias muy lamentables. Por citar un ejemplo, el derecho a la libre empresa, consignado en nuestra Constitución y considerado dentro del *corpus* de libertades y por tanto un asunto “opuesto” a la igualdad, no derivó en que se promovieran medidas igualitarias que le dieran contenido y valor: como delinear una igualdad de oportunidades para acceder a la educación y así ejercer la empresa de nuestro gusto. Hay que entender, insisto de nuevo, que los valores se acompañan unos a otros y que al ocuparnos de unos nos ocupamos también de los demás. En Canadá, por citar una medida de gobierno muy concreta, los indígenas no pagan ciertos impuestos ni derechos, en particular están exentos de pagar por su educación, esta medida intenta igualar las circunstancias de todos los canadienses, busca que quienes nacen con menos oportunidades puedan, a través de políticas públicas, tener acceso a ellas. Mediante un trato distinto ciertos grupos alcanzan la igualdad —ya Arendt decía

**que origen no debía ser destino, que la gran desigualdad era de carácter azarosa y por ello arbitraria, como nuestro lugar de nacimiento y origen familiar.** Igualdad que se logra a partir de la diferencia —en este caso, indígenas con exención de pago educativo—, y aquí, en estos dos valores, igualdad y diferencia, no hay oposición; aunque el diccionario marque su antonimia y los simples denoten una “clara” contradicción, en la cosa pública son complementarios. Se les trata diferentes a fin de que tengan una oportunidad igual para educarse y así, entre otras cosas, poder ejercer su libertad de empresa —diferencia más igualdad igual a libertad. Así de compleja es la red de correspondencia entre los valores, así de simplona fue vista por los liberales y socialistas modernos. Conviene entonces discutir qué tipo de igualdad es deseable y cómo alcanzarla.



es, vivía a otro ritmo: la igualdad, junto con la libertad y otros valores políticos, obtuvo derecho de ciudadanía en diversas naciones, hoy día envidiables: Finlandia, Suecia, Canadá, Australia.

No creo que a toro pasado los liberales de viejo cuño se atrevan a pensar la igualdad, el toro los embistió, los perdimos, son hombres de su tiempo: monautoriales, monotemáticos, mono-pensantes, es decir, totalmente modernos, entendiendo la modernidad bajo el signo de *uno*: una identidad, una postura, un domicilio, un oficio. *Monorridad*.

Entrando en materia, **conviene de inicio deconstruir la idea de que la igualdad se opone a la libertad.** Esta oposición fue una invención construida a conveniencia de partes. Los valores no se oponen, se relacionan. Puede construirse una noción en que oponen o se complementan. Ya lo

